

REFLEXIONES PARA EL ESTUDIO DE LA CUESTION ETNICA*Claudia Briones (*)**Edgardo Cordeu (*)**Miguel Olivera (*)**Alejandra Siffredi (*)***RESUMEN**

El trabajo se centra en un modelo analítico sobre la etnicidad que da cabida tanto a sus aspectos histórico paradigmáticos como a aquellos particulares. Para eso se recorta la etnicidad como proceso de reproducción caracterizada y la identidad étnica como proceso de imaginarización de la etnicidad. Dicho recorte procura una explicación sintética de las interferencias entre acontecimientos e interpretación de los actores. Instancias reconstructivas complementarias: 1. Análisis de la etnicidad, sobre un eje "longitudinal" que cubra los sucesivos contextos en los que un grupo étnico se inserte y uno "transversal" que dé cuenta de la diversificación de la re-producción del grupo según sus miembros se inserten en diferentes sub-contextos; 2. Análisis de la identidad étnica a partir de una matriz de significados sobre la linealidad, la singularidad y la corresponsabilidad étnicas.

ABSTRACT

This paper is centered on an analytical model of ethnicity which includes

(*) Sección de Antropologías Especiales, Instituto de Ciencias Antropológicas (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).

both its paradigmatic and its particular historical aspects. To achieve this, ethnicity is set apart as a process of characterized reproduction, and ethnic identity, as a process of imaging of ethnicity. With this distinction, a synthetic explanation of the interferences between events and the actors' interpretations is sought. Complementary reconstructive instances are: 1) analysis of ethnicity on a "longitudinal" axis covering the successive contexts in which an ethnic group is inserted, and on a "transverse" axis covering the diversification of the re-production of the group as its members are inserted in different subcontexts; 2) analysis of ethnic identity based on a matrix of significations on ethnic lineality, singularity, and coresponsability.

A escala mundial, los distintos procesos de colonización y descolonización han dado pie a la conformación de campos de relaciones interétnicas que evidencian ciertas constantes. La circunstancia de que tales campos manifiesten aspectos paradigmáticos en la forma en que esta clase de relaciones se concreta las hace comparables -al menos, parcialmente- con las relaciones interétnicas que se dan en campos generados por procesos de diverso tenor. En tal sentido, las alternativas globales de unas y otras pueden ser explicadas a través de una familia de modelos que trascienden las particularidades históricas derivadas de las circunstancias de la colonización y la descolonización.

No obstante, si la "cuestión étnica" ha resultado algo difícil de definir, entendemos que se debe a que su dinámica se encuentra altamente influida por la disparidad de ordenamientos sociopolíticos en cuyo marco operan los procesos de desagregación étnica.

Así, en el caso de la colonización hispano-lusitana del continente americano, no puede dejar de tenerse en cuenta que la misma ha dado pie a formas *sui generis* de canalizar las relaciones interétnicas con las poblaciones autóctonas y, posteriormente, a la formación de Estados-Nación que, al consolidarse, completaron -en cierta medida- la empresa colonial, al colocar en posición de minorías subalternas a los grupos nativos que sobrevivieron a dichos procesos.

A pesar de que, a primera vista, las intervenciones coloniales y republicanas han tenido un efecto altamente desintegrador sobre las poblaciones autóctonas, lo cierto es que sus etnicidades -lejos de palidecer- se han vigorizado, tal como lo demuestra la sucesión de distintos tipos de movimientos y reclamos de participación étnicos, especialmente en las últimas dos décadas (ver, por ejemplo, Bartolomé y Barabas 1990, Bonfil Batalla 1981, Saignes 1990, Serbin 1981, Siffredi y Spadafora 1991, Wright 1989). Entonces, aún habiendo transcurrido quinientos años del llamado "Encuentro de Culturas", la amplia gama de producciones indígenas que resignifican la distintividad étnica y -explícita o implícitamente- la escenifican,

exige que nos esforcemos permanentemente por ajustar nuestras herramientas analíticas y modelos explicativos para abordar la cuestión étnica.

Consiguientemente, el objetivo de este trabajo será presentar algunas reflexiones y sugerencias que posibiliten la construcción de modelos lo suficientemente básicos como para recuperar ejes analíticos que permitan el trabajo sobre aspectos paradigmáticos de relaciones interétnicas producidas en campos sociales con diversas historias de constitución y, a su vez, lo suficientemente abiertos en sus especificaciones como para que en su utilización se pueda dar concreta cabida a la incidencia de procesos históricos particulares.

Convendría reconocer, en primer término, que lo étnico presenta una variabilidad de concreciones difícilmente abarcable por una definición general que, a la par de subsumir tal variabilidad, satisfaga los requisitos de economía.

De ahí que muchas definiciones formuladas como genéricas estén sesgadas por las reflexiones que surgen del trabajo con ciertos grupos étnicos en contextos particulares de agregación, y acaben -por esto- erigiendo como contorno total y contenido del campo problemático lo que es, en todo caso, manifestación de una clase paradigmática pero históricamente situada de contexto interétnico.

Consecuentemente, es muy probable que definiciones genéricas así concebidas sean objetadas *in toto* por quienes trabajen con grupos y contextos socioeconómicos y políticos diferentes, como si desde alguno de éstos pudiera surgir una definición de lo étnico más pertinentemente abarcativa de sus manifestaciones en todos los contextos restantes. Pareciera que el problema radica en seguir buscando definir a lo étnico como si ello fuera una 'cosa' que se nos manifiesta, en vez de tomar clara conciencia de que nos enfrentamos a procesos de construcción de grupos sociales cuya historicidad debe ser evaluada por las aproximaciones propuestas, más que 'apresada' en sus manifestaciones por nuestras definiciones.

En suma, aludimos a que las connotaciones asociadas a una definición de la etnicidad generalizada a partir de minorías nativas en Estados que se conciben integrados por una única Nación, sólo forzadamente podrán aplicarse a grupos nativos insertos en un Estado plurinacional. Del mismo modo que, dada la divergencia de sus procesos y condiciones de agregación, será arduo intercambiar -incluso dentro de una misma organización estatal- aproximaciones a la etnicidad formuladas desde y para minorías nativas por aproximaciones fundamentalmente apoyadas en experiencias con minorías de origen extranjero.

De todos modos, reafirmamos que hay que buscar ejes sustantivos en torno a los cuales efectuar -en todos los casos- el análisis de las condiciones de producción y reproducción o, dicho sintéticamente, de *re-producción* de la etnicidad¹. En sus aspectos sobresalientes, tales ejes sustantivos deberían permitirnos abordar las distintas etnicidades en su historicidad y los diversos procesos de identificación a

ellas asociados, en lo que se refiera a las mutuas interferencias que median toda realidad social y su imaginización.

Aun dentro de la pluralidad de propuestas existentes para encarar la cuestión étnica, los caminos generales que han tomado a partir de la década del 70, se tornan más comprensibles cuando pensamos en el panorama mundial en que cobran fuerza y empiezan a sistematizarse. En un mundo en el cual, en función de muy diversas expectativas e intereses, los conjuntos sociales se fisianan y fusionan según múltiples grupos de referencia que se circunscriben a fronteras nacionales (las subdividen, las superan o las atraviesan) la etnicidad puede verse como estrategia para manipular vínculos entre sujetos que se categorizan como "nosotros" o los "otros", a partir de valores, propósitos y modos de alcanzarlos que divergen.

Sin duda, ésta es una de las facetas de la etnicidad, pero entendemos que -si nuestra aproximación la circunscribe a ello- no queda garantizado que podamos dar cuenta de las condiciones que han propiciado tal divergencia. Recorriendo las historias étnicas -de las que también hay que dar cuenta- se patentiza un *rumbo* que atravesando, en parte, cada uno de los contextos históricos concretos en los que se manifiesta encuentra, no obstante, en ellos determinadas condiciones de posibilidad para su re-creación. Este *rumbo* es lo que hace de la *eticidad* un *proceso de constitución de grupos que perfilan su continuidad a lo largo de su transformación*. Reconocerlo así abre otra perspectiva a esa codificación *ad hoc* de diferencias que mencionamos.

En las definiciones prebarthianas (por ejemplo, la clásica de Naroll 1964), este proceso se enfocó como producto; más específicamente, se postuló como esencia inmutable y para apresarla se procedió a enumerar requisitos cuya co-ocurrencia se consideró necesaria. Nos referimos a la lengua, el territorio, el origen común, los rasgos culturales y otros. La caracterización en base a esencias no ha podido dar cuenta de la maleabilidad de lo étnico y la enumeración de requisitos ha resultado un fracaso, no tanto porque la selección de "elementos" que frecuentemente se vinculan con la etnicidad haya sido equivocada, sino porque se ha exigido de ellos una co-ocurrencia que se ve, a menudo, alterada por procesos particulares de agregación y desagregación, sin que por ello los grupos étnicos pierdan la condición de tales. En definitiva, la *eticidad* no se 'constituye' por sumatoria de elementos co-ocurrentes sino que nos permite conceptualizar procesos en los que los sujetos sociales que participan diferenciadamente en relaciones de poder se vinculan -según las alternativas de sus historias- distintivamente o no con diversos bienes, prestaciones y significados.

A partir de Barth (1976), lo que antes se definía como esencia empieza a conceptualizarse como matriz de emblematizaciones surgida de transacciones que evidencian diferencias y recrean límites sociales. Esta aproximación introduce, sin duda, una gran plasticidad respecto de abordajes anteriores de lo étnico. Pero un

énfasis excesivo en transacciones y emblematicaciones étnicas inclusivas ha llevado, con frecuencia, a descuidar el análisis de las condiciones materiales e ideológicas más amplias en cuyo marco convergen y divergen distintos tipos de límites sociales. Acaba, por tanto, dando cuenta más de un momento y una faceta de la interacción sociocultural que de un proceso de continuidad étnica en la transformación que opera intersectándose con otros procesos sociales de segmentación y recomposición. De alguna manera, ha propiciado también la postura bastante generalizada de hacer de la "*etnicidad*" y de la "*identidad étnica*" conceptos intercambiables. Como procuraremos desarrollar luego, esta salida no nos parece apropiada pues obvia las mediaciones que existen entre los *rumbos* históricamente tomados -a través de los cuales se van constituyendo grupos que perfilan su continuidad a lo largo de su transformación (*etnicidades*)- y sus imaginarizaciones sociales, es decir, las interpretaciones de los actores (*identidades étnicas*).

Lo cierto es que, quizás, esta intersección de procesos múltiples debilite los límites étnicos presentándolos como secundarios, ya para los actores, ya para el observador. Pero también esa misma intersección puede acabar fortaleciéndolos. Una u otra posibilidad y sus repercusiones sobre ese *rumbo* del que hablábamos no resultan de una combinatoria azarosa de circunstancias. Son recorridos históricos que se perfilan según el poder vaya estructurando interacciones concretas y que, por ello mismo, pueden estar sujetos a marchas y contramarchas en lo que respecta al peso y visibilidad que las manifestaciones étnicas vayan revistiendo en ese devenir.

Si el poder es un factor capital para dar cuenta de toda interacción, también lo es para explicar cuán impuesto y cuán autoconstruido es ese proceso de continuidad en la transformación, proceso en el cual la reproducción y producción material e ideológica de un grupo se va caracterizando, descaracterizando, recaracterizando dentro de los conjuntos sociales a los que se agrega.

A la preocupación de dar cuenta de las interacciones étnicas a partir de las relaciones de poder responde, sin duda, toda esa amplia gama de trabajos que define a los grupos étnicos ya como grupos de interés, ya como grupos políticos informales (por ejemplo, Aronson 1976, A. Cohen 1974, R. Cohen 1978, Glazer y Moynihan 1975). De todas maneras, insistimos en que a los que trabajamos con minorías nativas sudamericanas se nos presenta una doble dificultad cuando esta veta se explora desde una perspectiva fundamentalmente transaccional que centra la dimensión política de la cuestión étnica en la forma en que, de manera conciente, se codifica culturalmente la disputa por ciertos valores y recursos.

En primer lugar, cuando se define a los grupos étnicos como grupos de interés que, en pro de obtener ciertas ventajas sectoriales, enfatizan ideológicamente límites étnicos de una materialidad difusa, pareciera proyectarse a cualquier tipo de relación interétnica y a los diversos contextos en los que éstas se concretan, una forma de interacción cuya condición de posibilidad parece -en verdad- más propiamente

remitible a las democracias participativas estables. Es en estos contextos donde -al efectivizarse derechos y obligaciones que institucionalizan el disenso y hacen viable el interjuego de intereses personales, sectoriales y grupales- se abren instancias en las que, conforme a distintos tipos de reclamos, pueden activarse intermitentemente diferentes límites sociales, sean éstos étnicos, sexuales, etarios, religiosos, de clase, etc.

Pero, ¿a dónde nos lleva generalizar una definición de etnicidad a partir de una de sus operacionalizaciones posibles? En este caso, a que -en vez de revisar la definición cuando se advierte que la misma no es aplicable en todo tiempo y lugar- se concluya que la etnicidad es un fenómeno contemporáneo. Ahora bien, para quienes trabajamos con grupos cuyos procesos etnogenéticos pueden rastrearse a través de contextos intertribales, coloniales y republicanos, se hace difícil sostener con tanta firmeza como lo hace Roosens (1989) que la etnicidad es una creación de la segunda mitad del siglo XX. A lo sumo, podemos convenir que es un problema del cual se ha tomado nueva conciencia en épocas más o menos recientes.

Además, no todos los contextos contemporáneos plantean las mismas reglas de juego político, cosa que nos introduce a la segunda dificultad. Creemos que la posibilidad casi ilimitada de manipulación conciente del límite étnico, como factor que hace de los grupos étnicos grupos de interés, no permite explicar la coexistencia de manipulaciones y disputas con adhesiones diferenciales a los valores hegemónicos por parte de los miembros de la minoría.

Sin duda, las minorías nativas americanas son grupos de interés pero con un margen actual de negociación que, en vez de pensarse en términos virtuales, debe contextualizarse en los procesos de subordinación coloniales y republicanos. En los mismos, han operado imposiciones y resignificaciones sobre normas y recursos que se impuso a la minoría compartir, que se les asignaron como "propios" o que se les vedaron; otros que las minorías procuraron o procuran se generalicen o bien se reserven incompártidos. Y todo ello, en el marco de prácticas discriminatorias y estigmatizadoras que, a veces, traban la disputa por normas y recursos en términos étnicos en vez de fomentarla; así como prácticas de revalorización que propician desagregaciones positivas.

Habiendo señalado la importancia que tienen los distintos contextos de agregación donde se ponen en juego "mism/idades" y alteridades étnicas para dar cuenta de la forma en que los grupos se van reproduciendo material e ideológicamente, pareciera difícil convenir con una circunscripción de la etnicidad y sus manifestaciones que opere en todo tiempo y lugar, independientemente de las inserciones socioeconómicas y sociopolíticas de los grupos en contextos específicos. Por eso, preferimos enfocar la *etnicidad* como un *proceso de continuidad en la transformación a lo largo del cual se va caracterizando la re-producción de un grupo* (Siffredi y Briones 1989).

Y esta veta de la *re-producción caracterizada* nos parece un abordaje fértil

porque nos permite encarar la reconstrucción de las "historias étnicas" partiendo de una perspectiva de la etnicidad que sirve tanto para trabajarla en contextos intertribales precoloniales como en otros coloniales o contemporáneos, a pesar de las notables diferencias que hay entre ellos. Nos permite, también, dar cabal cabida a esas diferencias al asumir que serán las reglas de juego de cada contexto y las condiciones bajo las cuales se intervenculen los segmentos interactuantes las que extremen o atenúen el perfil caracterizado de las reproducciones de los grupos étnicos. Perfiles que irán convergiendo o divergiendo según se multipliquen o reduzcan los bienes, prestaciones y significados compartidos.

Además, esta idea de abordar la *etnicidad* como un *proceso de reproducción caracterizada -que marca rumbos de continuidad en la transformación-* es una de las pocas formas de no perder de vista lo que -a nivel de las identificaciones de los sujetos, y por la frecuente 'ontologización' de los diacríticos que opera en las imaginaciones de los *rumbos-* emerge como "residuo" o base que, desde la perspectiva de los actores, sería causa y consecuencia de los límites sociales. Es la forma, a su vez, de poner ese *residuo* en un marco explicativo, evitando como observadores confundir lo predicado por las *identidades étnicas* con esencias, o 'esencializarlas'.

Ahora bien, no cabe duda que este *residuo* -en verdad, un proceso de diacritización que ontologiza las "bases" de la diferencia en y por los procesos de identificación a través de los que la *identidad étnica* se construye- no puede ser entendido en el sentido de la persistencia efectiva a través del tiempo y las circunstancias de una serie de contenidos inmutables. Es obvio, también, que los contenidos de la etnicidad que se emblematicen variarán y, a menudo, hasta podrán permutarse, intercambiarse, invertirse.

Esta "*residualidad*" de lo étnico tal como se patentiza en los procesos de identificación bien puede abordarse como una grilla o matriz de significados objetivados en diacríticos por la praxis social; grilla que implica, al menos, una referencia a las metáforas de la linealidad, la singularidad y la corresponsabilidad comunes al grupo que se autoadscribe en términos étnicos, aun cuando -como advierte Epstein (1978: 120-2)- los contenidos peculiares de estas referencias deban ser estudiados en las situaciones históricas concretas que en su decurso revelan -vale reiterarlo- una enorme variabilidad.

Pareciera incluso que el eje de articulación de esta grilla de significados étnicamente codificados operara, a menudo, por la extensión del aspecto de pertenencia inherente a las metáforas de la linealidad hacia las demás concomitancias implicadas en la constitución de un grupo (territorio, lengua, etiqueta, etc.).

Por *linealidad* se quiere expresar, simplemente, la conciencia de que todos los miembros del grupo étnico se vinculan en un mismo horizonte de ascendencia que engloba tanto a los colaterales simbólicos -co-étnicos- actuales como a los

descendientes que -se sobreentiende- proseguirán ese horizonte en el futuro. Creemos que esta conciencia es lo que permite tolerar la diversificación real del grupo y, a su vez, contener las diversificaciones imaginarizadas.

No importa, en verdad, cuáles son los contenidos -o, mejor dicho, "significantes"- que sustentan ese horizonte de ascendencia. Desde este punto de vista, el conjunto de significados que, para sus actores y en un momento o circunstancia dada, dan cuenta de la etnicidad son, en última instancia, significantes que apuntan a ese común denominador del horizonte de ascendencia.

La metáfora de la *singularidad*, por su parte, emerge del contraste con otros horizontes de ascendencia y se traduce en una conciencia que enfatiza el particularismo del horizonte, las características y la historia étnica de los "Propios", opuestos a la visión generalizada y tendiente a la homogeneidad que se tiene respecto de los horizontes, las características y las historias peculiares de los "Otros" grupos. Dicho con otras palabras, así como el conjunto de los "propios" tiende a ser visto en concreto y en singular, el conjunto de los "ajenos" dentro de cada exogrupo identificado tiende a ser representado en abstracto y en general. Decimos "tiende" pues no puede pasarse por alto que los sujetos van redefiniendo los alcances y sentidos de las categorizaciones étnicas según la reflexión que sus prácticas discursivas proponen se las aborde desde una perspectiva histórica, estructural o situacional (Briones de Lanata 1990).

Si bien, en rigor, la *corresponsabilidad* no afecta sólo a los grupos étnicos -en la medida que es una propiedad inherente a todo segmento social con conciencia de pertenencia- en el contexto de la etnicidad, la metáfora de la corresponsabilidad se expresa simplemente en el axioma de que lo que afecta a uno o a muchos miembros del grupo étnico por el hecho de serlo, los puede afectar a todos, al menos de manera virtual.

Esta grilla de significados puede verse como operador para trabajar las mediaciones que existen entre el *proceso de re-producción material e ideológica caracterizada del grupo -etnicidad-* y la *imaginarización social que del mismo se hace -identidad étnica-*. Su fertilidad como operador dependerá de que enlace explicativamente estos dos procesos simultáneos que, sin duda, repercuten recíprocamente. De todos modos, nos sigue pareciendo aconsejable distinguirlos analíticamente, a fin de explorar los desfases que suelen advertirse entre ellos.

Algunos de dichos desfases, al menos, resultan de que la imaginarización de un proceso -codificado como *residuo*- en el que se va marcando un *rumbo* no agota a ese rumbo ni lo traduce mecánicamente. Lo postulamos en estos términos pues asumimos que la posición de poder que ocupen los miembros del grupo en el contexto sociopolítico en que se insertan afectará sus márgenes de acción efectivos así como la visibilidad que de dicho contexto tengan. Sabido es que el estigma es un diacrítico que se impone y se acaba actuando -el cual redundando en imaginarizaciones

negativas del nos-otros- y que los estigmas como forma extrema de autopercepción denigrada pueden coexistir con otras facetas de ese nos-otros positivamente simbolizadas a partir de diacríticos autoconstruidos -como el de 'autoctonía' para las minorías nativas americanas- cuya expropiación se confronta activamente. Así, las relaciones de poder no sólo afectan la visibilidad del *rumbo* y, consecuentemente, la imaginarización del mismo como *residuo*. Sobre esas relaciones y también en base a las imaginarizaciones que propician se van disputando las direcciones que dicho rumbo irá pudiendo tomar o no.

Por otra parte, entonces, esas imaginarizaciones poseen potencial productor de modo que, desfasándose también del rumbo -como suele ocurrir en ciertos tipos de manifestaciones utópicas- contribuyen a imprimirle al menos una parte de su direccionalidad.

En lo que hace al análisis de la *etnicidad* como proceso de re-producción caracterizada, entendemos que el mismo debe desplegarse siempre sobre un doble eje. Uno longitudinal, que cubra los sucesivos contextos de agregación en los que el grupo se vaya insertando. Es sobre este eje que proponemos reconstruir el *rumbo* que, por un lado, precipita sentidos que ayudan a explicar la situación actual de un grupo y, por el otro, ofrece un marco contra el cual contrastar las identificaciones codificadas en términos de *residuos*. El propósito de tal contrastación es el de recuperar para el análisis las mediaciones que existen entre el proceso de re-producción caracterizada y su imaginarización social.

El otro eje que llamaríamos transversal es aquél sobre el cual -aun dentro de un lapso acotado- debe procederse a analizar tanto la diversificación de la re-producción del grupo según sus miembros se inserten en diferentes subcontextos de agregación, como las posibilidades y concreciones de identificaciones diversificadas. En este tipo de procesos, los rumbos podrán mantenerse, perderse o forjarse y en ello está la posibilidad de perduración, disolución o surgimiento de grupos étnicos.

Sobre esta conceptualización de la *etnicidad* como *rumbo* susceptible de marchas y contramarchas fundamentamos -entre otras cosas- nuestra idea de que se hace muy arduo postular relaciones fijas entre el *clivaje* étnico y otros clivajes operantes en cualquier estructuración o para todo tiempo y lugar. Entendemos al "clivaje" como una línea de inflexión social que marca la disyunción de partes en el seno mismo de la relación que las vincula. Esa disyunción se objetiva en accesos sectorialmente diferenciados a los bienes, prestaciones y significados que el principio de desagregación activado (sea étnico, de clase, cívico, racial, religioso, etc.) pone en disputa. En tal sentido, sostenemos que el clivaje étnico no tiene un peso invariable, sino que el mismo se va modificando históricamente, a la par que cambian los contextos en los que los grupos étnicos se insertan y re-producen.

Por ejemplo, un contexto como el contemporáneo puede verse como una

estructuración en la que se intersectan distintos clivajes -étnico, de clase, cívico, religioso, racial, etc.- en el seno de relaciones de poder que, por su forma de ejercerse capitalizando normas y recursos, van dando peso diferencial a cada uno de los clivajes operantes. Se caracterizará así, con distinta fuerza, la reproducción de los grupos según participen de los variados sectores sociales que esos clivajes delimitan e intersectan.

Concretamente, entonces, cuando afirmamos que en un contexto contemporáneo, las minorías étnicas son grupos que se re-producen material e ideológicamente de forma caracterizada, estamos previendo que comparten "parcialmente" un conjunto de normas y recursos con otras segmentaciones conformadas, por ejemplo, en base a una posición de clase equiparable. También, que sus miembros se peculiarizan respecto de los de estas otras segmentaciones, por la incidencia de un clivaje étnico que -pudiendo atravesar, incluso, el de clase- concreta otro tipo de desagregación y específica, a la par, su re-producción. En definitiva, el concepto de reproducción caracterizada está poniendo de relieve esta tensión entre convergencias que posibilitan reagregaciones no étnicas de un grupo en su entorno de inserción y divergencias que resultan de y recrean su desagregación étnica dentro de dicho entorno.

Hasta aquí, el predicado general. Pero a partir de esto, sólo el análisis de contextos y coyunturas particulares permitirá establecer el peso relativo de cada clivaje en la re-producción del grupo, las normas, recursos y significados que este juego hace converger o divergir entre el grupo étnico y otras segmentaciones sociales del entorno, la forma y el grado en que todo ello fortifica o desdibuja el rumbo étnico y los sentidos producidos en procesos de identificación que, metafóricamente complejamente linealidad, singularidad y corresponsabilidad, hacen de esos rumbos *residuos que pueden reforjar rumbos*.

Buenos Aires, diciembre 1990.

NOTAS

- ¹ Si bien ya debe haber quedado claro que es nuestro propósito no caer en generalizaciones empíricas de lo étnico, es bueno aclarar que las reflexiones de este equipo parten de una experiencia más sostenida y directa con minorías nativas de Argentina y Paraguay. Deberá tenerse en cuenta, entonces, que muchas de las afirmaciones que presentamos, aun aspirando a un cierto grado de generalidad, están inevitablemente influenciadas por este tipo de grupos y contextos. Como bien demuestra Abu-Lughod (1989), todo conocimiento es "situado", lo que no es incompatible con que, a partir de ese reconocimiento, pueda generarse una reflexión que trascienda sus contextos particulares de producción.

BIBLIOGRAFIA

Abu-Lughod, L.

1989. Zones of Theory in the Anthropology of the Arab World *Annual Review of Anthropology* 18: 267-306.

Aronson, D.

1976. Ethnicity as a cultural system: An Introductory Essay. F. Henry (ed.) *Ethnicity in the Americas* 9-19. The Hague, Mouton Pub.

Bartolomé, M. y A. Barabas

1990. *La Presa Cerro de Oro y el Ingeniero el Gran Dios*. México, Instituto Nacional Indigenista. 2 vol.

Barth, F.

1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, FCE.

Bonfil Batalla, G.

1981. *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. México, Nueva Imagen.

Briones de Lanata, C.

1990. Los 'gringos' como categorización social desde los mapuche. *Revista de Antropología* 11 Buenos Aires (en prensa)

Cohen, A.

1974. The Lesson of Ethnicity. A. Cohen (ed.) *Urban Ethnicity*: ix-xxiii. London, Tavistock Pub.

Cohen, R.

1978. Ethnicity: Problem and Focus in Anthropology. *Annual Review of Anthropology* 7: 379-403.

Epstein, A.

1978. *Ethos and Identity. Three Studies in Ethnicity*. London, Tavistock Pub.

Glazer, N. y D. Moynihan (eds).

1975. *Ethnicity. Theory and Experience*. Cambridge, Harvard Univ. Press.

Naroll, R.

1964. Ethnic Unit Classification. *Current Anthropology* 5 (4)

- Roosens, E.
1989. *Creating Ethnicity. The Process of Ethnogenesis*. California, Sage Pub. Inc.
- Saignes, T.
1990. *Ava y Caray. Ensayo sobre las fornteras chiriguano. Siglos 16 a 20*. La Paz, HISBOL.
- Serbin, A.
1981. Las organizaciones indígenas en la Argentina. *América Indígena* 41(3): 407-433. México.
- Siffredi, A. y C. Briones
1989. Discusión introductoria sobre los límites teóricos de lo étnico. *Cuadernos de Antropología* 3: 5-24. Buenos Aires, EUDEBA.
- Siffredi, A. y A. Spadafora
1991. Condiciones de posibilidad del movimiento de la Buena Nueva. Reflexiones sobre la dinámica sociorreligiosa nivaclé (Chaco Boreal) en la década del 50. *Religiones Latinoamericanas* 2. México (en prensa).
- Wright, R.
1989. Politics and Beliefs in the Nineteenth-Century Millenarian Movements of the Northwest Amazon. *Resúmenes del I Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires.